



Instrucciones para matar a papá

por Fernando Butazzoni

Hay una película de Los Tres Chiflados en la cual, durante toda una noche, el tonto de Larry huye por las lóbregas habitaciones de un castillo, esquivando fantasmas que lo acosan sin piedad. Al final, con las primeras luces del nuevo día, descubre que los fantasmas no eran tales: se trataba de Moe y Curly (creo que se llamaba Curly) quienes, sonámbulos, se habían paseado con sus blancos camisones provocando la ingenua pavora del tercer chiflado.

Ahora, las letras uruguayas se conmueven casi semanalmente con una especie de guerra declarativa contra la Generación del 45, o por lo menos contra algunos de sus más notorios representantes. El tono de los cruzados oscila entre el reproche y la amenaza. Se habla con frecuencia de la malhadada sombra de estos “mitos vivientes” y se explica, casi con fruición, la necesidad del “parricidio”, queriendo significar con ello la extrema gravedad de un proceso intelectual que implicará, al parecer, la muerte violenta de los genitores más conspicuos, o por lo menos su inevitable deconstrucción.

La película la vi cuando era chico. La guerra en pro de la orfandad intelectual la leo en estos días, en estos meses montevideanos. Y se me ocurre que podrían hallarse semejanzas inquietantes entre una cinta hecha para divertir niñitos y un proceso cultural destinado a elaborar algo nuevo, para un país nuevo.

Tal vez no haya un solo caso en la historia de la literatura que no pueda leerse bajo el signo del parricidio, empezando por la propia Generación del 45. En otras latitudes, ya García Márquez ha explicado (y qué no ha explicado García Márquez) cómo su universo novelesco fue en realidad el fruto alucinado de una negación de su amado maestro William Faulkner. Y Henry Miller ni siquiera se tomó el trabajo de explicarlo: simplemente hizo tabla rasa con las pamplinas de la señorita Stern y su generación perdida, y mientras se moría de hambre en París escribió uno de sus Trópicos, parte considerable de Black Spring y muchos otros textos. Lejos, hacia el este, Isaac Babel mereció, con su “Caballería Roja”, la filosa amenaza (dicen que sable en mano) del mismísimo mariscal Budionny. Y en el Río de la Plata: ¿cuánto hay de antiborgeano en la violenta procacidad de

los cuentos en que Néstor Perlongher recrea la historia contemporánea de los argentinos? ¿Cuánto de anti-Cortázar en las novelas breves y exactas de Osvaldo Soriano?

Sin embargo, todos estos “parricidios intelectuales” fueron perpetrados con la única arma de verdad efectiva: la obra literaria. No me imagino al García Márquez de los primeros tiempos redactando afiebradas consignas contra el coronel Sartoris, sino más bien construyendo su propio condado. Tampoco creo que alguien como Patrick Süskind, por ejemplo, haya dedicado mucho tiempo a maldecir el agobiante legado literario de papá Grass. En todos los casos, hay obras literarias nuevas que se alzan como pruebas irrefutables de que las cosas han cambiado, y de que esos cambios contienen, negándola, la herencia cultural de las generaciones anteriores.

No entiendo por qué el caso uruguayo ha de ser diferente. Creo que nuestra literatura padece un afán de trascendencia que la ha tornado presuntuosa y desconectada de la gente. Creo que a veces la postura literaria de los escritores puede mucho más que la postura humana. Creo que, en ocasiones, hay en nuestros libros más vida literaria que verdadera literatura. Creo que muchos poetas siguen indigestados con Baudelaire y con el ruiseñor de Keats. Creo que algunos narradores prefieren mojar sus bizcochos en el café con leche en lugar de ir “a la recherche” en serio: con honestidad y autenticidad. Y creo, estoy seguro, que en este país hay narradores y poetas tan buenos y geniales como en cualquier otra parte del mundo. El problema es que eso hay que demostrarlo.

Mostrar la existencia de buenos escritores sólo puede hacerse cuando hay buena literatura. Pero resulta que, cuando hay buena literatura, a nadie le interesa demasiado debatir el asunto. No hay proclama o prólogo, por más inteligente y aggiornado que sea, que supla el cuerpo literario y su prolongación más significativa: su lectura por parte del público. Ese mismo público, más o menos devoto de los escritores del 45, es el que espera y necesita una nueva literatura para un país que ha cambiado y que debe, tiene que cambiar aún más. No me parece que la solución sea escribir una novela sobre el oficinista restituido tras doce años de dictadura. Cada momento histórico tiene sus propias claves de autenticidad, y encontrar esas claves, traducirlas en una obra de arte, es una de las difíciles y apasionantes tareas en esta época de insensatas restauraciones.

Lo otro es perder el tiempo. Es pasarnos la noche correteando de aquí para allá, huyendo de (o buscando) fantasmas que no existen. Acaso el público también se divierta, pero las consecuencias siempre serán negativas, y creo que resultará extremadamente difícil despachar a alguno de nuestros padres. La literatura uruguaya es la que se escribe hoy, pero es también la que se escribió en el pasado. El parricidio, en todo caso, no consistirá nunca en borrar nuestra ascendencia, sino en reconocerla para después negarla dialécticamente. De otra forma condenaremos a nuestras letras a un futuro de esterilidad, marcado por un presente en el cual escribimos cuentos,

novelas, poemas y obras teatrales para nosotros mismos, para deleite de nuestros hermosos ombligos.

Carlos Fuentes señaló, a propósito de la torrencialidad de la narrativa latinoamericana, la necesidad de pensar en los lectores del futuro, y en lo que ellos querrán saber de nuestro tiempo. Es un desafío que no hay manera de eludir. A no ser que nos resignemos a ser vistos, en ese hipotético futuro, como loquitos que dedicaron sus energías a disfrazarse de fantasmas para asustarse unos a otros. Aunque eso ya lo hicieron Los Tres Chiflados en una mala película.